

Lydia, la Primera Creyente de Filipos

Por el Rev. A. Moerkerken (sermón 293a)

Lectura Bíblica: Hechos 16:1-25

Salterio 345: 1, 2
227: 1, 2, 3
325: 1-4
312: 1-5

Queridos amigos:

Se encuentran las palabras de nuestro texto en los Hechos de los Apóstoles, capítulo dieciséis, los versículos 14 y 15, donde leemos en la Palabra de Dios:

“Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía. Y cuando fue bautizada, y su familia, nos rogó diciendo: Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedarnos”.

Con la ayuda de Dios, vamos a considerar a Lidia, la primera creyente de Filipos. Nuestros tres pensamientos principales serán:

- 1. Una puerta abierta.**
- 2. Un corazón abierto.**
- 3. Una casa abierta.**

Primer pensamiento

Entonces, hoy escuchamos sobre Lidia, la primera creyente de Filipos, y consideraremos una puerta abierta, un corazón abierto, y una casa abierta.

Queridos amigos, en su epístola a la congregación de Filipos, el Apóstol Pablo escribe en Filipenses 1: 4 y 5: “Siempre en todas mis oraciones rogando por todos vosotros, por vuestra comunión en el evangelio, desde el primer día” (Fil. 1: 4,5). Pablo sigue en los siguientes versículos: “Estando persuadido de esto, que él que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Fil. 1:6). Ahí Pablo hace mención de su primer día en Filipos en aquel primer capítulo de su epístola a los filipenses. Su primer día en Filipos había dejado una impresión profunda en el corazón del Apóstol Pablo.

¿Qué, pues, había sucedido en aquel primer día en Filipos? Bueno, amigos, lo escucharemos en el mensaje de hoy. Pablo y Silas no habían planificado ir a Europa durante su segundo viaje misionero; no, esa no fue su intención. Como hemos leído en nuestro capítulo, ellos habían pensado ir a Asia. Asia aquí se refiere a una provincia de la región que se llamaba Asia Menor. Sin embargo, leemos que les fue prohibido por el Espíritu Santo predicar la palabra de Dios en Asia. ¿Cómo precisamente les fue prohibido predicar ahí? Eso no se sabe; quizás el Espíritu Santo no abrió las Escrituras a su entendimiento ahí, o tal vez el Espíritu Santo no se les abrió el entendimiento de las Escrituras. O quizás había ciertas circunstancias en Asia que les hicieron imposible predicar en Asia. No lo sabemos, pero sí sabemos que les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia. De todos modos, esto fue una dura prueba para los apóstoles. Luego leemos que intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió tampoco.

Los apóstoles habían llegado desde el Oriente, y primeramente les fue prohibido predicar la palabra de Dios en el Sur, en Asia. Luego el Espíritu no les dio libertad para predicar la Palabra en el Norte, en Bitinia, y por fin, leemos que viajaron al Occidente, donde descendieron a Troas. Seguramente todo esto fue un gran misterio para los apóstoles. Pablo, el apóstol de los gentiles, sabía muy bien cómo el Señor le había llamado una vez para predicar Su Palabra a los paganos y a los gentiles. Ahora, sin embargo, el Señor no le había hablado por mucho tiempo. Todos los planes de los apóstoles no materializaron, y resultaron ser callejones sin salidas. Así obra el Señor muchas veces con Su pueblo: los caminos propios de Su pueblo muchas veces llegan a ser callejones sin salidas. Y así leemos que pasó con los apóstoles aquí en el libro de Hechos. Oh, si los apóstoles hubieran ido en sus propios caminos, y si hubieran ido a Asia y Bitinia para predicar, su predicación allá habría estado completamente en vano.

Nuestra Confesión Belga enseña que Dios, en Su misericordia, envía a los mensajeros de las buenas nuevas de Su Palabra a donde Él quiera, y lo hace en el momento que Le agrade a Él. Así que no es que el Señor haya olvidado de Asia y Bitinia, porque luego el Evangelio llegó a aquellos lugares también, en el tiempo ordenado por Dios. De esta manera el pueblo de Dios y los siervos de Dios siempre tienen que aprender a esperar el tiempo de Dios Mismo.

Entonces, congregación, ahora vemos que los apóstoles estaban en Troas, y no sabían qué hacer allí. Delante de ellos quedó el mar, y al otro lado de aquel mar hubo otro continente,

Europa, donde jamás habían estado aún. Para los apóstoles, había muchos motivos para orar lo que ora el Salmista en el Salmo 43:

*Tu luz y Tu verdad envía,
Sus rayos y su claridad;
Ambas me servirán de guía
Hasta Tus tiendas; en la vía
Al Monte de Tu santidad
Allí donde estás.*

Pareciera como si Dios hubiera cerrado la puerta de la predicación para los apóstoles, la cual Él les había abierto tanto en el tiempo anterior. Sin embargo, en el puerto de Troas el Señor se reveló de nuevo a los apóstoles; el Señor volvió a ellos. Oh, ¡qué milagro es para el pueblo de Dios cuando el Señor vuelve a visitarlos! Sí, el Señor volvió a los apóstoles, porque Él es el Señor que nunca deja la obra de Sus propias manos, y siempre vuelve a los Suyos, muchas veces de una manera repentina y no esperada. Cuando ellos consideran los días del pasado y los tiempos antiguos, a veces se quejan: “¿Será que Dios quitará Su promesa para siempre, o se olvidará de Su gracia? ¿Se quitará Su rostro de nosotros para siempre, o, en Su enojo nos esconderá Su rostro? ¡Oh, no! Es entonces que el Señor vuelve a ellos de repente, y “viene saltando sobre los montes, brincando sobre los collados” (Cantares 2:8).

Es así que leemos en versículo 8 de nuestro capítulo: “Y se le mostró a Pablo una visión de noche: un varón macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos”. Allí, queridos amigos, está el principio de una puerta abierta, dada por el Señor de los ejércitos.

¿Cómo sabía Pablo que el hombre que había visto en la visión era de Macedonia? ¿Cómo lo habrá sabido? Es probable que lo haya reconocido por su vestimento, o tal vez el Señor se lo haya revelado al apóstol en el mismo instante. La Biblia no nos dice esto. Sin embargo, no hubo vacilación de parte de los apóstoles, porque leemos en versículo 10, después de que Pablo hubiera visto la visión: “En seguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio”.

Entonces, después de un viaje de varios días, los apóstoles llegaron en Filipos, y estuvieron en aquella ciudad algunos días. Luego leemos en versículo 13: “Y un día de reposo

salimos fuera de la puerta, junto al río, donde solía hacerse la oración; y sentándonos, hablamos a las mujeres que se habían reunido”.

Como siempre, los apóstoles predicaron el evangelio primeramente a los judíos. Parece que no hubo una sinagoga en aquel lugar; no hubo un número suficiente de judíos para que se construyera su propia sinagoga. Sin embargo, hubo un lugar de oración. Leemos que en aquel día de reposo, sólo había mujeres que se habían reunido en la orilla del río, donde estaban sentadas. Y es allí, al mismo lugar, a donde Pablo y sus compañeros de viaje fueron traídos por la providencia del Señor. Así leemos: “Y sentándonos, hablamos a las mujeres que se habían reunido”.

Y es entonces, queridos amigos, que sucedió el milagro, cuando una puerta grande y eficaz fue abierta por el Señor. Así escribe el apóstol Pablo en su primera Epístola a los Corintios, capítulo 16, versículo 9: “Se me ha abierto puerta grande y eficaz”. Allí en Filipos se les fue abierta una puerta grande a los apóstoles. Era como leemos en el último capítulo del Evangelio según Marcos: “Predicaron... ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían” (Marcos 16:20). También leemos en el Domingo 21 de nuestro Catecismo de Heidelberg que “el Hijo de Dios, desde el principio hasta el fin del mundo, de todo el género humano, congrega, guarda, y protege para sí, por Su Espíritu y Su Palabra en la unidad de la verdadera fe, una comunidad elegida para la vida eterna”. Y donde el Hijo de Dios así congrega Su Iglesia, queridos amigos, allí “la voluntad de Jehová será en su mano prosperada” (Isaías 53:10). Vamos a escuchar acerca de eso en nuestro segundo pensamiento: *un corazón abierto*.

Segundo pensamiento

En nuestros pensamientos, vemos a algunas mujeres sentándose allí a la orilla del río. Todos escucharon la predicación de Pablo, pero sólo una mujer lo oyó de verdad. Sí, amigos, hay una diferencia entre “escuchar” y “oír” en este sentido. Todas las mujeres a la orilla del río escucharon el sermón del apóstol Pablo, pero solamente una mujer lo oyó de corazón. Leemos en nuestro capítulo que Lidia “estaba oyendo”. Por su propia naturaleza, Lidia también era una mujer que tenía ojos para ver, pero no veía; tenía oídos para oír, pero no oía. Leemos en Zacarías, uno de los profetas del Antiguo Testamento: “No quisieron escuchar, antes volvieron la espalda, y taparon sus oídos para no oír” (Zacarías 7:11). Sin embargo, por la gracia de Dios,

Lidia fue una de aquellos en que la semilla había caído en buena tierra, y en que, con un corazón honesto y bueno, habiendo oído la Palabra de Dios, la guardó, y llevó frutos con paciencia.

Leemos que Lidia “estaba oyendo”. ¿Por qué, queridos amigos, oyó Lidia la Palabra de Dios? Bueno, ¿será que tal vez las otras mujeres sólo escucharon por el momento y luego olvidó lo que escucharon? ¿Cuál es la causa, pues, de la gran diferencia entre Lidia y las otras mujeres? Cuando contestamos esa pregunta, no consideremos a Lidia misma. ¿Cuál es la causa verdadera de la diferencia, entonces? Por su naturaleza, Lidia no era de ninguna manera mejor que las otras mujeres, y junta con ellas, Lidia era incluida en la miseria del pecado. Sin embargo, Lidia recibió de Dios el don de la fe, y las otras mujeres no recibieron ese don. Oh amigos, ese hecho procedió del decreto eterno de Dios. En el Artículo 6 del primer capítulo de nuestros Cánones de Dort, nos dice que Dios “ablanda, por pura gracia, el corazón de los predestinados, por obstinados que sean, y los inclina a creer; mientras que a aquellos que, según Su justo juicio, no son elegidos, los abandona a su maldad y obstinación”. Allí se encuentra la causa que hizo que Lidia oyera, queridos amigos: es la gracia soberana de Dios, el beneplácito eterno del Dios Trino, que causó que Lidia oyera el mensaje del Evangelio.

¿Quién era Lidia? Vamos a considerarla por un momento. ¿Quién era ella? Lidia era una vendedora de púrpura de la ciudad de Tiatira, como leemos en nuestro capítulo. Tiatira fue una ciudad en Asia, aquella provincia de la región que se llamaba Asia Menor, donde a los apóstoles el Espíritu Santo se les había prohibido predicar la Palabra de Dios. Así que Lidia debió irse de Tiatira, y tenía que ir a Filipos para que, estando sentada junto al río, pudiera oír el Evangelio de la gracia de la boca de los apóstoles. Lidia era una vendedora de púrpura. ¡Nosotros nunca hubiéramos escogido a tal mujer! Es probable que haya sido muy rica. Pensemos tan solamente en las palabras del Señor Jesús: “De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos” (Mateo 19:23). Lidia vendía púrpura, la cual era una tela especial que se utilizaba por la ropa de los más ricos. Piensen en el hombre rico de una de las parábolas de Jesús que “se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendor” (Lucas 16:19). Oh, se les digo de nuevo: nosotros *nunca* hubiéramos escogido a una mujer como Lidia. Sin embargo, aquí vemos el beneplácito de Dios, el cual es la única causa de la elección por la gracia.

Además, leemos en versículo 14 de nuestro capítulo que Lidia “adoraba a Dios”. ¿Qué quiere decir eso? Bueno, queridos amigos, con eso simplemente se quiere decir que Lidia

pertenecía a aquel grupo de paganos que se había unido con la religión de los israelitas. Estos fueron los prosélitos que habían sido circuncidados. Pero también es evidente que había un grupo de mujeres piadosas que adoraba al Dios de Israel, y Lidia se encontraba entre ese grupo. De ninguna manera debemos pensar que Lidia era una mujer convertida por Dios antes de que hubiera oído la predicación de los apóstoles. ¡No, congregación! Lidia simplemente adoraba a Dios de una manera externa, como hacían todas las otras mujeres. Ella leía y conocía las Sagradas Escrituras, porque en aquel tiempo el Antiguo Testamento era conocido por el pueblo de Israel. En los días de reposo, Lidia iba al lugar de adoración. Podemos decir que era una mujer seria y piadosa en cuanto a su vida externa, pero era una mujer no salva. Esto nos puede servir de advertencia, amigos. Puede haber mucha religión en nuestra vida sin que exista el verdadero temor del Señor. Leemos de Nicodemo que era un hombre piadoso, un maestro de Israel, pero a quien dijo el Señor Jesús: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). Y así fue con Lidia cuando nos encontramos con ella: adoraba a Dios, e iba a la iglesia; era una mujer muy piadosa, pero no era una mujer que había nacido de nuevo. Oh, amigos, que sirva de admonición a todos nosotros: “De cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”.

Sin embargo, leemos de Lidia que “el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía”. Aquí se encuentra la maravilla de la regeneración de Lidia. He aquí una mujer concebida y nacida en pecado, que por su propia naturaleza era una hija de ira, incapaz de hacer nada bueno, e inclinada a toda maldad, propensa a la iniquidad, muerta en el pecado, y sin el poder o la voluntad de volver a Dios. Así era la vida de Lidia: era muy religiosa y muy piadosa; adoraba a Dios, pero su corazón estaba cerrado. Pero, ahora el Señor abrió su corazón.

¿Quién es el Señor, amigos? Tal vez responderán que el Señor es el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; el Señor es el Dios Trino. Es cierto, pero aquí en nuestro capítulo, la palabra “Señor” se refiere al Mediador exaltado, al Señor Jesucristo. Cuando leemos los Hechos de los Apóstoles, leemos que el Señor “hizo”; el Señor “habló”, el Señor “abrió”. Cuando lo escribió así, Lucas, el escritor del libro de Hechos, se está refiriendo al Señor Jesucristo, al Mediador exaltado. Él es Señor, y toda potestad le es dada en el cielo y en la tierra. La hora había llegado en Filipos cuando “los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que oyeren vivirán” (Juan 5:25). El Señor abrió el corazón cerrado de Lidia; el Señor ablandó su corazón endurecido. Él

circuncidó lo que no había sido circuncidado. Esta es la regeneración que es tan glorificada en las Escrituras, la cual se denomina una nueva creación, una resurrección de los muertos, y el hacer vivo, lo cual Dios obra en Sus hijos sin la ayuda de ellos. En esa regeneración la fe verdadera está sembrada en el corazón de un pecador, y esa fe le da comunión con Cristo y con todos sus beneficios y todos sus dones. El fruto de esta comunión con Cristo es, en el primer lugar, una tristeza según Dios que produce arrepentimiento para salvación (1 Co. 7:10). Esto es el primer fruto de la regeneración. Oh, qué nunca olvidemos nosotros que en el tiempo de Lidia, en el tiempo de Lutero, en el tiempo de Calvino, pero también en nuestro tiempo, la tristeza según Dios es el primer fruto de la comunión con Cristo, el primer fruto de la siembra de la fe en el corazón en el momento de la regeneración.

Efraín dice en el Antiguo Testamento: “Después que me aparté tuve arrepentimiento”. ¿Escuchan eso, amigos? “Tuve arrepentimiento, y después que reconocí mi falta, herí mi muslo; me avergoncé y me confundí, porque llevé la afrenta de mi juventud” (Jer. 31:19).

Y ahora, por la primera vez en su vida, Lidia vio lo que ella había sido por todos los años de su vida: que ella había estado sin Cristo, estando con los otros gentiles en cuanto a la carne, “sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12). Lidia se dio cuenta de cuán grande era su pecado y su miseria, porque el Señor había abierto su corazón. Eso también significa que el Espíritu Santo le dio hambre y sed de justicia, y ella deseó tener la satisfacción completa de esa justicia. Y, a través de la predicación del apóstol Pablo, Lidia entendió que ella misma jamás pudo hacer esa satisfacción. Se dio cuenta de que por más que había sido una mujer piadosa, en los ojos de Dios está “maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas” (Gál. 3:10). Así Lidia conoció su pecado, y allí estaba, llorando en silencio a la orilla del río bajo la predicación del apóstol. Lidia vio su miseria y su iniquidad, y estuvo avergonzada ante Dios. Ella se hizo pecadora ante Dios. Allí, al escuchar aquel mismo sermón, el primer sermón que ella jamás había oído verdaderamente en toda su vida, y al oír la predicación del Evangelio de hecho por la primera vez en su vida, oh, ¡ahí Lidia se hizo una pecadora perdida ante el Señor!

Lidia no sólo vio sus pecados al lado del río, sino que también todas sus justicias se hicieron “como trapo de inmundicia” (Isaías 64:6). Sin duda el apóstol Pablo había hablado de estas mismas cosas. Y así leemos, en versículo 14, que Lidia estuvo “atenta a lo que Pablo

decía”. Sin embargo, Pablo no sólo predicó acerca de la ley de Dios, ¡no! Pablo no sólo habló a aquellas mujeres sobre sus pecados y sus iniquidades, y sobre la miseria en que estamos todos nosotros por la naturaleza, sino que también predicó sobre el Evangelio de Cristo. Y así es que cuando el Señor abrió el corazón de Lidia para la ley, ella miró al espejo de la ley, y su corazón fue abierto para el Evangelio de la gracia, y para la Palabra del Señor Jesucristo. Para Lidia, la predicación del santo Evangelio se hizo la llave del reino del cielo, por la cual aquel reino le fue abierto a ella ahí en la orilla del río. Ahora, por la primera vez en su vida, Cristo se hizo precioso para ella; ahora Lidia entendió que el Señor no deseaba holocaustos ni ofrendas, sino que Cristo había dicho: “He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí” (Salmo 40:10). Ahora Lidia vio que Él es aquel Mediador, Quien en una Persona es verdadero Dios y verdadero hombre que es perfectamente justo. Ahora Lidia entendió que el Evangelio revelado en los libros del Antiguo Testamento había sido cumplido por el Unigénito Hijo de Dios, y Se le fue revelado a ella el Señor Jesús por el Espíritu Santo. Le agradó al Señor revelar a Su Hijo en el corazón de Lidia, y Él se hizo preciosísimo para ella. Ella vio en Él a un Mediador perfecto, también para ella misma. También Lidia entendió ahora que el Evangelio había sido revelado en los libros del Antiguo Testamento, los cuales ella había leído tantas veces en su vida. Ese Evangelio fue cumplido por el Señor Jesucristo: en Su nacimiento, en Sus sufrimientos, en Su muerte, en Su resurrección, en Su ascensión al cielo, y en que Él está sentado a la diestra del Padre.

Aquí debemos anotar que en pocas horas, el Señor le enseñó a Lidia lo que normalmente les enseña a Sus hijos a través de muchos años. El Señor es libre para hacer lo que Él quiere; y el Señor abrió el corazón de Lidia. Esto quiere decir que el Espíritu Santo obró en su corazón una confianza asegurada de que le fue dado no sólo a otros, sino también a ella el perdón de pecados, la justicia eterna, y la salvación de Dios a través de los méritos de Jesucristo.

Ahora consideremos nuestro tercer pensamiento: *una casa abierta*. Pero primeramente cantemos de **Salterio 325**, las cuatro estrofas.

Tercer Pensamiento

Nuestro tercer pensamiento es *una casa abierta*. Leemos en el versículo 15 de nuestro capítulo: “Y cuando fue bautizada, y su familia, nos rogó diciendo: Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedarnos”. Lidia fue bautizada. En Su Palabra el Señor había dicho: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no

creyere, será condenado” (Marcos 16:16). Además, cuando el eunuco etíope de Hechos 8 dijo: “Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?”, Felipe le respondió: “Si crees de todo corazón, bien puedes” (Hechos 8: 36, 37). Entonces Lidia recibió el santo bautismo como la señal sagrada y visible del pacto de la gracia. Ella creyó que tal como la inmundicia de su cuerpo fue limpiada por el agua, así fueron remitidos sus pecados por la sangre y el Espíritu de Jesucristo.

Leemos que “Lidia fue bautizada, y su familia”. Este versículo, niños, es uno de los fundamentos bíblicos del bautismo de niños. Es cierto, no leemos en este capítulo que Lidia tenía hijos; ni aun sabemos si estaba casada, pero sí leemos que su familia fue bautizada. Tal vez Lidia no tenía niños; quizás sólo había siervos en su “familia”. Sin embargo, leemos que fueron bautizados. ¿Por qué? ¿Será que todos ellos creyeron en el Señor Jesucristo en este momento? No, no fue así. ¿Por qué fueron bautizados, entonces? Es porque Lidia, como la cabeza de su “familia”, creyó. Ella creyó y fue bautizada, y en ella, sus siervos y tal vez sus hijos fueron bautizados. Por eso, aquí encontramos uno de los fundamentos más bíblicos del bautismo de los niños.

Y luego, leemos que “nos rogó diciendo: Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedarnos”. Nuestro Catecismo de Heidelberg nos enseña en el Domingo 24 que “es imposible que no produzcan frutos de gratitud los que por la fe verdadera han sido injertados en Cristo”. El árbol de la vida de Lidia fue conocido por sus frutos. Cada árbol se conoce por sus frutos, también el árbol de mi vida y de su vida. Además, el árbol de la conversión de Lidia, el árbol de su nueva vida fue conocido por sus frutos, porque leemos que les rogó a los apóstoles, diciendo: “Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedarnos”. El apóstol Juan dice en una de sus epístolas: “Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos” (1ª de Juan 3:14). En el mismo versículo Juan dice: “El que no ama a su hermano, permanece en la muerte”. Una verdadera muestra de la regeneración es este amor. En el primer lugar hay un amor a Dios, pero los hijos de Dios también reciben un amor para el día del Señor, para Su Palabra, para Su servicio, y para Sus hijos. Ese amor también fue el fruto de la gracia en la vida de Lidia.

Así Lidia deseó la compañía de los mismos hombres quienes habían sido utilizados por las manos de Dios como el medio de su conversión. Leemos que “nos obligó a quedarnos”. ¿Por qué se lee esto aquí en versículo 15? Bueno, amigos, es posible que los apóstoles hayan vacilado

por un momento al haber escuchado su amable invitación. Ella era muy rica, y los apóstoles no desearon los regalos de Lidia. Sin embargo, sí ellos desearon ver los frutos de Lidia. En su epístola a los Filipenses, Pablo escribe: “No es que busque dádivas, sino que busco fruto...” (Fil. 4:17).

Pero Lidia los obligó, y entonces los apóstoles aceptaron su invitación. Ella los obligó con el amor dado por Dios. También leemos lo mismo acerca de los dos discípulos que iban a Emaús, que a Jesús “le obligaron a quedarse, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ha declinado” (Lucas 24:29). ¡Oh, amigos, qué casa más bendita fue la casa de Lidia durante esta visita! Hubo la humildad; hubo el amor; hubo la paz; y hubo el gozo.

Uno de los primeros frutos de la conversión de Lidia fue la humildad. Se produjo la humildad de que se lee en Filipenses 2:3: “estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo”. Lidia dice: “Si me habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad”. “Si me habéis juzgado...” Aquí vemos que Lidia no fue vestida de púrpura, ¡sino de humildad! La Biblia nos enseña que “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (Stg. 4:6). “Si me habéis juzgado que yo sea fiel al Señor...” Oh, Lidia se somete al juicio y al criterio de los apóstoles. Lidia no era una mujer convertida en su propia opinión. No era una mujer que dijera: “Yo soy convertida, y me quedará convertida hasta el día de mi muerte”. ¡No! Ella se sometió al buen juicio de los apóstoles, porque dice: “Si me habéis juzgado que yo sea fiel al Señor”.

Entonces hemos escuchado acerca de Lidia, la primera creyente de Filipos. Oh niños, niñas, jóvenes, y adultos, ¡qué ejemplo más humilde es Lidia para todos nosotros! Lidia vino bajo la predicación del Evangelio apenas una sola vez, y nosotros hemos escuchado la predicación del mismo Evangelio hasta mil veces. Una sola vez Lidia estuvo bajo la predicación del Evangelio, y es seguro que no hubo nada de liturgia hermosa; no hubo una espléndida iglesia ahí al lado del río; ¡nada que ver! Sin embargo, leemos que la primera vez que Lidia escuchó el Evangelio, fue convertida; oyó a los apóstoles. Y nosotros, congregación, ¿no es cierto que algunos de nosotros hemos asistido a la iglesia muchas si no muchísimas veces? Hemos escuchado la predicación por el momento, y luego hemos olvidado el mensaje, ¿no es cierto? ¿Alguna vez hemos oído verdaderamente, como Lidia? ¿Ha habido un momento en su vida, jóvenes y adultos, que nunca olvidarán, cuando han oído como oyó Lidia? Oh, espero que no sólo escuchen, sino que también “oigan”, por la gracia de Dios. ¿Alguna vez ha arrepentido

usted? ¿Pasó alguna vez que usted “hirió su muslo”, como hizo Efraín en el libro de Jeremías, cuando salió usted de la iglesia y se fue a su casa?

Jóvenes, ¿desean ustedes la compañía de los siervos de Dios? ¿Aman el compañerismo de los hijos de Dios, y buscan su amistad? ¿Les agrada la compañía del pueblo de Dios? Así fue con Lidia, amigos, porque les obligó a los apóstoles a quedarse con ella. Padres y madres en medio de nosotros, ¿está nuestro corazón abierto para los hijos de Dios? ¿Está nuestra casa abierta para el pueblo y los siervos de Dios?

Hijos de Dios en medio de nosotros, ¿qué se puede decir de *su* casa? Leemos que la familia de Lidia fue bautizada. En el mismo capítulo leemos acerca del carcelero de Filipos, que “se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios” (Hechos 16:34). Lidia fue bautizada, y luego su familia fue bautizada. Ella había sido una vendedora de púrpura, pero ahora, congregación, Lidia tenía un tesoro en los cielos, y no en la tierra, como nos dice la Biblia: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan” (Mat. 6:19).

Lidia: la primera creyente de Filipos. El Señor abrió la puerta de su corazón para la predicación; el Señor abrió el corazón de esta mujer a través de Su Palabra y Su Espíritu Santo. El Señor abrió su casa para los hijos de Dios. Oh, aquí hemos visto la miseria, la redención, y la gratitud en la vida de Lidia, vendedora de púrpura de la ciudad de Tiatira. Qué el Señor obre lo mismo en nuestro corazón para Su honor y gloria, Amén.